

“Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica”

p. 623-632

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Identidad, amplitud y plenitud del mestizaje en Hispanoamérica*

623

Escribía Alfonso Reyes el penúltimo día del año de 1941, con motivo de la presentación del primer número de *Cuadernos Americanos* y refiriéndose a lo que él llamó “nuestra magna herencia ibérica”, que ésta representa para nosotros “un don de la historia”.

Podría en rigor prescindirse –prosigue Reyes– de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal [...]. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

Pero no se queda aquí Reyes, va más allá de esta exhortación y como hombre representativo hispanoamericano, consciente de la realidad cultural

* Publicado originalmente en *El Búho*, suplemento cultural de *Excélsior*, n. 166, México, 1 de noviembre de 1988.

y biológica de nuestra América mestiza, tiene en cuenta las “tradiciones autóctonas”, ante las cuales nos corresponde a todos “el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre, y distinguir finalmente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de percedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu”.

En verdad, la conciencia iberoamericana de la que es portavoz nuestro humanista mexicano, hombre liberal del siglo XX, difiere extremadamente de la que hacían gala con celo patriótico renovador nuestros liberales decimonónicos, en su mayor parte deseosos de desembarazarse del lastre fatal de su tradición española, y empeñados con santa furia e indomeñable energía en borrar las huellas de tan aciaga herencia.

Domingo Faustino Sarmiento, argentino liberal del siglo XIX, paradigma del descontento consigo mismo, quien estaba decidido, no como el personaje del cuento en recuperar su sombra, sino en perderla, plantea la disyuntiva trágica para la América española de erradicar la barbarie y optar por la civilización. Como es sabido, él se decide por la ablación de ésta; es decir, por el rechazo total del mestizaje o bastarda amalgama de indios, españoles y negros; mezcla marginal y espuria, sin porvenir histórico, que representaba un serio obstáculo para el progreso, para la civilización. Esta misma convicción había prendido en el ya desalentado Bolívar de octubre de 1830, cuando en carta al general Rafael Urdaneta se muestra pesimista y sin esperanza redentora para la masa popular bárbara, marginada. El gran proyecto de la comunidad universal formada por las diversas razas postulado por él en el *Discurso de la Angostura* y en la *Carta de Jamaica* había sido simplemente un sueño.

En el fondo la desilusión tiene su asiento en la negación de la identidad plural, mestiza, porque esta última se engaña a sí misma al negar la mezcla racial que la originó. José Martí parte antes bien de la realidad del mestizaje de Hispanoamérica para entender y dar a entender que precisamente en éste se halla la clave que nos ha de permitir legitimar con orgullo nuestro ser. No niega lo español, tampoco lo indio ni lo negro, y en su sangre generosa derramada en aras de la independencia mental y de la libertad de su patria cubana se concilian todas las razas, se disuelven todos los antiguos y nuevos rencores, odios y exclusiones. De este modo el héroe cubano, hijo de españoles, al poner

en primer término la conciencia de este mestizaje lo que hace es considerarlo como condición esencial para nuestra autenticidad.

Nuestro filósofo e historiador José Vasconcelos, al inventar el lema que orla el escudo de la renacida Universidad Nacional (“Por mi raza hablará el espíritu”) sintetizaba filosófica y simbólicamente la tesis de la superioridad espiritual del iberoamericano sobre su victorioso oponente histórico, el pragmático anglosajón; pero aludía además a esa raza cósmica o iberoamericana, que se inicia con la conquista española, la cual da paso a la unidad y síntesis de todos los pueblos mediante el mestizaje. Vasconcelos se propone convertir en dogma lo que él llama “la unidad racial de los hispanos”; es a saber, de todos los iberoamericanos, para que recobren la fe en ellos mismos, en su futuro destino, los que habían olvidado o renegado de sus orígenes (el de pertenecer a la raza hispanoamericana) a causa de su superficialidad cultural, a causa, sobre todo, de la propaganda antiespañola manipulada desde dentro y fuera para separarnos, y a causa también de una ideología maliciosa que intenta divorciar al indio, al indoamericano, de lo hispánico, de la latinidad. Latinidad quiere decir para Vasconcelos “comunidad de razas diversas en un mismo ideal levantada”: asimilación de todas las sangres, de todos los colores de piel, superándose todos y cada uno en un tipo superior nuevo, totalitario y cósmico.

Hoy también, como en la época de Vasconcelos, suenan airadas voces discordantes de un falso indianismo rabioso y reivindicativo que actualiza de nuevo la vieja leyenda negra, que se alimenta material y espiritualmente de las ayudas foráneas, y plantea en primer término los antiguos agravios. Se recrudecen los odios, se perfilan represalias y desde la Europa nórdica y protestante así como de la Norteamérica puritana e imperialista se atiza la hoguera de descontento, se ayuda a la fragmentación y el trasgo de la discordia y de la desunión hacen día con día más difícil la unidad de acción y de pensamiento de la América española. Lo que realmente se cuestiona en este caso es la legitimidad de las naciones mestizas cuando se ataca y, pues, degrada el vínculo entitativo de todas ellas: lo hispánico. Se proclama así, ya abiertamente, un nuevo racismo de tipo neoindigenista, excluyente como todo racismo, que invita a la disgregación, que rechaza los beneficios incalculables de la amalgamación racial y cultural, y nos condena por consiguiente a todos y a cada uno a un sempiterno tercermundismo. ¿A quién o a quiénes, preguntémos, pueden beneficiar tales sinrazones? Bien considerado el asunto, sólo a los

temerosos y decididos oponentes de la posible futura unidad de la América indoespañola.

Una sospechosa voz crítica germánica, la del historiador alemán Urs Bitterli, en su obra titulada *Die "Wilden" und die "Zivilisierten"* (1976) se refiere a lo que él llama el problema de la pugna entre pueblos con cultura y formas de vida muy dispares, y el esfuerzo por superar intelectualmente los inevitables choques e incomprensiones, o "tensiones internas", como las llama el autor, derivadas de tales contactos y enfrentamientos culturales. Se trata de examinar la forma en que los europeos respondieron a este desafío. En el análisis aculturativo de Bitterli, éste ha eliminado fenómenos sociales que no se acomodaban al modelo crítico forjado imagológicamente por el historiador y sociólogo alemán; tal, por ejemplo, el fecundo proceso de mestizaje producido en la América ibérica.

Fue Mao Tse-Tung, el gran dirigente e ideólogo chino, que liberó a su enorme país de la explotación colonial capitalista y de un letargo de siglos, convirtiéndolo en potencia mundial, el que con motivo de una visita oficial del entonces presidente mexicano licenciado Adolfo López Mateos, a China, le manifestó a éste, no sin admiración y beneplácito, que fueron los hombres ibéricos de la vieja piel de toro los únicos europeos que en su estrecho contacto con pueblos y culturas indígenas dieron lugar en la América media y del sur a la aparición y la presencia histórica de una nueva raza de hombre y de una peculiar cultura: la mestiza. Como manifiesta Roberto Fernández Retamar, escritor cubano:

existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona [Iberoamérica] para la cual el mestizaje no es un accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, "nuestra América mestiza". Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo preciso como la señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes aborígenes, africanos y de europeos –étnica y culturalmente hablando–.

Biológica y culturalmente hablando todos los habitantes de la América indoibérica son mestizos, no importa la mayor o menor proporción de sangre india, negra, asiática o ibérica que lleven en las venas. Por ello, como lo sostiene Pierre Chaunu, los peninsulares así como los hispanoamericanos "se consideran menos sensibles a las diferencias raciales que otros pueblos [...].

Los ibéricos son menos racistas que la mayor parte de los europeos e infinitamente menos que la mayor parte de los pueblos de Asia y África”, y muchísimo menos; añadamos por nuestra parte que los reivindicadores del Día de la Dignidad del Indio, que se agitan demagógicamente exigiendo un revisionismo histórico de sospechoso sesgo antiespañol y por ende antimestizo.

En México y en el Perú, dos ejemplos, entre muchos, de extremada representatividad, se sabe bastante acerca de la mesticidad pese a los contemporáneos vientos de fronda pseudoindigenistas que latentemente la rechazan. Inclusive en Argentina, con una población predominantemente blanca, hasta hace bien poco han caído en la cuenta de ello y las cabezas más lúcidas andan buscando una sombra, la del indio piel roja, al que se obstinaron en destruir con puritana y suma eficacia y contumacia anglosajonas. Empero digamos en descargo suyo, que la actividad destructora, genocida, de los norteamericanos no desmereció en nada a la llevada a cabo por el general Roca contra los malones de la pampa argentina, e inclusive a la puesta en práctica en las campañas de nuestros liberales contra los indios sublevados en Yucatán, Chiapas, Chalco y otros puntos de la república.

La rendición de cuentas que hoy piden los pueblos recientemente independizados en África, Asia y Oceanía, es una justa exigencia que entendemos y, por lo tanto, que nada tiene de nueva para nosotros, supuesto que las naciones iberoamericanas llevan ya más de un siglo exigiéndola: ayer, furiosa y batalladoramente, con destemplado, legendario y negrísimo vocerío matricidal; hoy, con voces menos irritadas, más comprensivas y ecuánimes, menos tercermundistas e inculminatorias de lo que algunos de fuera y de dentro quieren imaginar. Nuestro llamado tercer mundo indoibérico pertenece por derecho propio a la cultura occidental cristiana y ha contribuido y continúa contribuyendo a ella con aportaciones originales a pesar de su actual ruina económica; porque hoy sabemos, digamos con Wilhelm Reich, psicólogo marxista, que la clasificación ideológica de una sociedad es diferente a su clasificación económica. No hay una correspondencia exacta entre las condiciones económicas de un grupo social y sus estructuras mentales ideológicas.

Volviendo a Urs Bitterli, percibimos en su libro el hecho dramático de lo que él clasifica como encuentro entre los *civilizados* y los salvajes ultramarinos: americanos y polinesios; pero el contacto de los españoles fue en México, Centroamérica y gran parte de Sudamérica con indios altamente civilizados que no tenían absolutamente nada de salvajes. Del encuentro de estas dos

culturas, civilización *versus* civilización, no nos dice nada o casi nada el autor alemán. La explicación tradicional sobre los primeros choques violentos (conquista) ignora a sabiendas y por lo mismo anula el extraordinario proceso de interrelaciones, donaciones, cambios e intercambios mutuos físicos, vitales y culturales durante los tres siglos de la Colonia, que florecieron en la centuria decimonónica con la presencia histórica de las flamantes naciones iberoamericanas. Las artes mayores y menores, las populares, los trajes regionales, las canciones y las danzas, el folklore en suma, el idioma y sus expresiones literarias, la agricultura, la ganadería, las orquestas y bandas pueblerinas, la cerámica y el arte culinario, el trazado y la construcción de las admirables ciudades barrocas, todo en definitiva, sin que escape nada, muestra la admirable simbiosis cultural de lo español, de lo autóctono americano y de las aportaciones africanas. Hasta la veintena de supuestos indios mexicanos que acuden a Viena para solicitar la devolución del famoso penacho de Moctezuma, obsequio de este *tlatoani* a Carlos V, el emperador de Occidente, por mediación de Hernán Cortes, bailan sus tocotines vestidos con trajes y capas de satinado colorido y fantasía, se adornan con plumas falsificadas de avestruz africana y danzan al son de instrumentos de origen europeo, y, por supuesto llevan asimismo ajorcas, sonajas, pretales, maracas, raspadores, flautas, cascabeles y diversos artilugios de percusión ya americanos o africanos.

No se trata por consiguiente, en el caso de nuestra América, de un renacer de antiguas culturas aherrojadas (Túnez, Argelia, India, China, Vietnam, Sudán, Kenia, etcétera), sino el *nacimiento* de nuevas naciones mestizas en carne y en espíritu. El hecho tal vez más notable de la civilización del hombre ibérico en su contacto con los pueblos aborígenes americanos, el mestizaje, es maliciosamente silenciado, tocado muy tangencialmente e incluso condenado. Parece ser, por desgracia, que la virtud ibérica de la asimilación racial y cultural sólo por ellos fue y sigue siendo practicada.

Afirmar como lo hace Bitterli y la secuela, ayer como hoy, de celosos censores históricos, “que las autoridades coloniales españolas llevaron a cabo este proceso de exterminio [de los indios americanos] con incomparable arrogancia e indiferencia moral”, es no sólo injusto sino falso. Como ocurrió antaño, la nuevamente resucitada leyenda negra tampoco hace justicia ahora al famoso sermón del padre Montesinos, a la crítica condolidada de fray Córdoba e inclusive menos a la escuela iusnaturalista española del siglo XVI. El monumento jurídico más excelso de la España imperial, la *Brevísima relación* del

padre Las Casas (1552), sólo servirá en manos enemigas y sigue hasta ahora utilizándose para condenar en términos absolutos la empresa española en América. Más aún, según el historiador alemán, “los europeos no supieron conceder al habitante ultramarino, cuando menos un espacio libre para llevar una existencia autónoma ni consiguieron integrar a esos pueblos en su propia cultura de una manera étnicamente responsable”. Pero si todavía existen indios en el mundo hispanoamericano esto obedece a esa criticada política autoritaria que pese a todos los excesos absolutistas, o acaso justo por ello, preservó y fomentó paternalistamente las llamadas *Repúblicas de indios*, cuya presencia real y autónoma comenzó a desaparecer a partir de la disolución imperial iniciada en el siglo XIX. Aún quedan por fortuna millones de indios en Hispanoamérica, más o menos incorporados a nuestra civilización cristiano-occidental, y las condiciones infrahumanas en que muchas comunidades indígenas viven se deben, sin duda, a la explotación colonial; pero también decisivamente a la utopía liberal obstinada en la regeneración del indio mediante la supresión del paternalismo colonialista y del sistema de propiedad comunal de la tierra que le era tradicionalmente propio. Debemos también recordar que el criticado paternalismo de la época colonial sostuvo durante 300 años las cátedras de otomí y de náhuatl en la antigua Real y Pontificia Universidad de México.

¿Cuál es nuestro ser? Ésta es la pregunta que hace poco ha formulado Leopoldo Zea y de hecho sólo hay implícitamente una respuesta con la cual identificarnos: el mestizaje. Por supuesto no se alude con esta contestación, como ya hemos señalado, a lo estrictamente biológico, sino asimismo a lo espiritual y cultural que integra el mundo histórico hispanoamericano. El proceso fue laborioso y la evolución difícil. Desde el punto de vista de la filosofía positivista spenceriana empleada por el historiador Vicente Riva Palacio en su *México a través de los siglos* (1884-1889), a lo largo de los tres siglos de dominación española se operó un lento y silencioso trabajo social. Las múltiples castas y

razas se fueron confundiendo enlazándose las familias, identificándose los intereses, convirtiéndose en Patria la tierra de los desheredados, formándose el alma nacional; y lo que fue sólo una conquista durante el reinado de los monarcas de la casa de Austria, se mostró verdadera colonia bajo los soberanos de la familia de Borbón, buscando y procurando

derechos semejantes a los otros pueblos sometidos a la Corona de España, casi bastándose a sí mismos y emprendiendo el camino del progreso por el esfuerzo y la inteligencia de sus hijos. La Nueva España [y podemos hacer extensiva la limitación geográfica y el contenido temático a toda la América española] no fue –prosigue Riva Palacio– la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de 300 años de dominación extranjera: fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones ha sido considerarla así, cuando es un pueblo cuya embriogenia y morfología debe estudiarse en los tres siglos de gobierno español, durante los cuales con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes, formose la individualidad social y política que, sintiéndose viril y robusta, proclamó su emancipación en 1810.

De acuerdo con esto entre las lentas fases de la poderosa cuanto misteriosa y fecunda evolución se ha de considerar la integración de las razas, cuya realización, como hemos escrito, dependió de la inexistencia entre los españoles conquistadores y colonos de discriminación racial; pero debemos reparar y añadir al proceso otro elemento identificador, por cuanto todos los iberoamericanos poseemos por herencia una extraordinaria capacidad y entrenamiento histórico para comprender los valores foráneos; para acercarnos comprensivamente a todo lo extraño y nuevo, máxima significación y símbolo de universalidad según Vasconcelos y Reyes, ayer, y Zea hoy. La universalidad consiste en abrirse a los otros recibiendo y aportando experiencias. Mas nos toca insistir en que si este proceso o fenómeno se realiza, es porque por encima de todo somos mestizos y nuestra idiosincrasia es asimismo mestiza. A pesar de todo lo que se diga, los estadounidenses y los europeos, salvo los ibéricos, carecen de ese universalismo tan peculiar entre nosotros; muestran una incompreensión casi absoluta hacia las llamadas culturas marginales, no queriendo reconocer en ellas su humanidad, y si las admiran, estudian y catalogan, sólo lo realizan en calidad de objetos naturales. Los pueblos africanos y asiáticos, acaso por reacción anticolonialista y antiimperialista, se muestran también reacios al universalismo y a la fusión, de hecho carecen del catalizador comprensivo indohispano de la mezcla de razas.

A pesar de lo dicho, todavía entre nosotros se levantan de vez en cuando voces discrepantemente fustigantes contra el fecundo proceso de la miscegenación, como la llaman los anglosajones. Por ello queremos terminar utilizan-



do un crítico y emotivo juicio alusivo al caso, expresado por Guillermo Tovar y de Teresa:

El mestizaje –escribe– tampoco ha sido [todavía] bien asimilado por nosotros: hemos visto como resta la vinculación del indio con el español, cuando deberíamos sumar y proyectarnos. Hay que superar el mito y volverlo realidad histórica. Tenemos que dejar atrás la autocompasión que nos destruye. Abandonar el placer que produce vivir una Guerra Florida interior en la cual nuestro fin es convertirnos en prisioneros de nosotros mismos [es decir] en víctimas [...].



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS